

Fiódor Dostoyevski

Crimen y castigo

Traducción de Juan López-Morillas

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Prestuplenie i nakazanie*

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuarez.com
Imágenes ornamentales de cubierta: © Shutterstock

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Herederos de Juan López-Morillas, 1985
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1985, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1362-518-8
Depósito legal: M. 25.710-2021
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Nota sobre pronunciación de nombres propios rusos

N. B. No hay un método uniforme de transliterar el ruso al español; más aún, de todas las lenguas románicas es el español la que menos se presta a la transliteración del ruso. Así, pues, las grafías que se dan a continuación son arbitrarias y la pronunciación que sugieren es aproximada.

z como la *s* francesa en *rose*: Zamétov;

zh como la *j* francesa en *joli*: Luzhin.

En ruso el nombre completo de una persona comprende: *a*) el «nombre de pila» (Rodión); *b*) el patronímico (Románovich), y *c*) el apellido (Raskólnikov). La variante femenina: Avdotia Románovna Raskólnikova. La forma cortés de dirigirse a una persona (lo que corresponde al *usted* español) es usar sólo el nombre y el patronímico: Rodión Románovich. En la Rusia prerrevolucionaria se empleaba a veces la palabra *gospodín* (señor) con el apellido: *gospodín* Raskólnikov. Hoy en día esta fórmula ha desaparecido prácticamente por completo.

Rodión Románovich Raskólnikov (Rodia, Ródenka).
Avdotia Románovna Raskólnikova (Dunia, Dúnechka), su hermana.
Puljeria Aleksándrovna Raskólnikova, su madre.
Dmitri Prokófich Razumijin, su amigo.
Aliona Ivánovna, anciana prestamista.
Lizaveta Ivánovna, hermana de la anterior.
Semión Zajárovich Marmeládov, ex empleado del Estado.
Katerina Ivánovna Marmeládova, su esposa.
Sofia Semiónovna Marmeládova (Sonia, Sónechka), su hija.
Polina (Pólenka), Lena (Lida), Kolia, otros hijos.
Arkadi Ivánovich Svidrigáilov, propietario.
Marfa Petrovna Svidrigáilova, su esposa.
Piotr Petróvich Luzhin, prometido de Dunia.
Andréi Semiónovich Lebeziátnikov, amigo del anterior.
Amalia Fiódorovna (*también* Ivánovna) Lippewechsel, patrona de los Marmeládov.
Zosímov, médico.
Aleksánder Grigórievich Zamétov, empleado de la comisaría.
Porfiri Petróvich, juez de instrucción.

(actualizado a enero de 2016)

Crimen y castigo

Primera parte

Uno

En un atardecer muy caluroso de principios de julio un joven salió de la pequeña buhardilla que tenía alquilada en el pasadizo Stoliarny y se encaminó a paso lento y un tanto irresoluto hacia el puente Kámenny.

Había logrado dar esquinazo a su patrona en la escalera. Su cuchitril se hallaba bajo la techumbre misma de un edificio alto de cinco plantas y más parecía alacena que habitación. La patrona que se lo alquilaba y le proveía de comida y servicio tenía su propia vivienda en el piso inmediatamente inferior, y cuando el joven salía a la calle tenía que pasar junto a la cocina de ella, cuya puerta, que daba a la escalera, estaba casi siempre abierta de par en par. Y cada vez que pasaba lo hacía con cierta sensación de malestar y cobardía que le obligaba a fruncir el ceño de pura vergüenza. Debía bastante dinero a la patrona y temía tropezar con ella.

No porque fuese de suyo encogido y timorato; más bien lo contrario. Pero de algún tiempo a esa parte se hallaba en un estado de irritabilidad y tensión rayano en hipocondría. Hasta tal punto se había encerrado en sí mismo y aislado de todo el mundo que temía cualquier género de contacto y no sólo el encuentro con la patrona. La pobreza le abrumaba, pero últimamente hasta esa agobiante circunstancia había dejado de

afectarle. Se había desentendido por completo de sus quehaceres cotidianos y nada quería saber de ellos. A decir verdad, ninguna patrona le causaba espanto por mucho que intrigara contra él. Pero tener que detenerse en la escalera, oír toda una sarta de sandeces sobre menudencias con las que él nada tenía que ver, escuchar la retahíla insistente de quejas, amenazas y exigencias de pago y tener que salir del paso, disculparse, mentir... No. Más valía deslizarse escaleras abajo como un gato y escabullirse sin ser visto.

En esta ocasión, no obstante, el temor de tropezar con su acreedora fue tal que él mismo se sorprendió de ello al llegar a la calle.

«¡Pensar que estoy tramando algo tan terrible y asustarme, sin embargo, de tales niñerías! –se decía con extraña sonrisa–. ¡Hum!... Sí..., el hombre lo tiene todo en sus manos, pero de puro miedo puede dejarlo escapar... Eso es una perogrullada... Vamos a ver, ¿qué es lo que más temen los hombres? Una nueva iniciativa y, sobre todo, una nueva palabra; eso es lo que temen más... Pero estoy hablando demasiado. Por eso no hago nada, porque hablo demasiado. O quizá hablo demasiado porque no hago nada. En este último mes me ha dado por hablar conmigo mismo, tumbado todo el santo día en un rincón y pensando... en las musarañas. Pero ¿por qué he salido ahora? ¿Es que soy capaz de eso? ¿Es que lo pienso de veras? Claro que no lo pienso de veras. Así, pues, me estoy entreteniendo con fantasías, con juegos de niños. Sí, quizá esté sólo jugando.»

El calor era sofocante en la calle. El bochorno, el gentío y por doquiera encalado, andamios, ladrillos, polvo, y ese hedor estival tan conocido de todo pe-

tersburgués que no puede alquilar una casa en el campo..., todo ello vino a crispar aún más los ya tirantes nervios del joven. El tufo inaguantable que despedían las tabernas, de las que había un sinfín en esa parte de la ciudad, y los borrachos con quienes se tropezaba a cada paso, no obstante ser día laborable, completaban ese cuadro melancólico y repulsivo. Una expresión de honda repugnancia se dibujó momentáneamente en las facciones delicadas del mancebo. (A propósito, era notablemente guapo, de hermosos ojos oscuros, pelo castaño y estatura algo superior a la media, esbelto y bien formado.) Pero pronto cayó en una honda meditación o, mejor dicho, en una especie de ensimismamiento, y prosiguió su camino sin percatarse, ni querer percatarse, de lo que le rodeaba. De vez en cuando murmuraba algo entre dientes por su hábito de monologar, como acababa de confesar. En ese momento él mismo reconocía lo alborotado de sus pensamientos y lo muy débil que estaba. Hacía ya dos días que no probaba bocado.

Iba tan mal vestido que, aun quien acostumbrase a estarlo así, se avergonzaría de salir de día a la calle con semejantes andrajos. Pero el barrio era tal que raro sería que nadie se maravillase de verlo en ese atavío. En las cercanías del Mercado del Heno, con su profusión de lupanares y su vecindario compuesto en su mayoría por obreros y artesanos, hacinado en esas calles y callejas del centro de Petersburgo, salían a veces a escena sujetos de tal calaña y no había esperar que nadie se asombrase del más estrafalario de ellos. Ahora bien, había tanto amargo desprecio en el espíritu del mancebo que, a despecho de su sensibilidad, a veces harto juvenil, no se cuidaba en absoluto de los harapos con

que salía a la calle. Muy otra hubiera sido su actitud de haber tropezado con algún conocido suyo o antiguo camarada, de quien, en todo caso, hubiera preferido ocultarse... Así y todo, cuando un borracho, a quien en ese momento llevaban –no se sabe por qué ni adónde– en una enorme carreta tirada por un caballo igual de enorme, le gritó al pasar: «¡Hola, tú, el del casquete alemán!», y siguió vociferando y apuntándole con el dedo, el joven se detuvo y agarró febrilmente su sombrero. Era un sombrero alto de copa, redondo, procedente de la conocida tienda de Zimmermann, pero ya muy gastado, raído por los años, lleno de manchas y agujeros, con el trozo de ala que le quedaba levantado ridículamente por un lado. Pero no era vergüenza, sino otro sentimiento más semejante al terror, lo que se adueñó de él.

–¡Ya lo sabía! –murmuró confuso–. ¡Ya me lo figuraba! ¡Esto es lo peor de todo! ¡Una idiotez como ésta, una fruslería, puede echarlo todo a rodar! Sí, el sombrero llama demasiado la atención... Es ridículo y por eso se fijan en él. A mis andrajos lo que les va mejor es una gorra, una gorra vieja cualquiera, y no esta monstruosidad. Nadie lleva una prenda como ésta. La notarían a la legua, se acordarían... ¡Ahí está la cosa! Se acordarían después y serviría de pista. Hay que pasar lo más inadvertido posible... ¡Las minucias son importantes!... Minucias como éstas pueden dar al traste con todo.

No necesitaba ir muy lejos; además, sabía cuántos pasos había desde la puerta de su casa; exactamente setecientos treinta. Los había contado en una ocasión, cuando ya empezaba a dar rienda suelta a su fantasía. Por aquel entonces ni él mismo creía aún en esas in-

venciones tuyas, y lo que sentía era sólo irritación ante la audacia tan repulsiva como subyugante que delataban. Ahora, sin embargo, un mes más tarde, empezaba a mirarlas de otro modo, y, a pesar de los monólogos un tanto en broma sobre su propia debilidad e irresolución, se iba habituando inconscientemente a considerar ese «sueño feo» como un verdadero proyecto, aun sin creer en su realización. Más aún, ahora iba a *ensayar* ese proyecto y con cada paso que daba su agitación iba en aumento.

Con desfallecido corazón y temblor nervioso llegó a un edificio enorme, uno de cuyos muros corría paralelo al canal y otro a la calle Sadóvaya. El edificio estaba repartido en varias viviendas pequeñas, ocupadas por trabajadores de toda laya: sastres, cerrajeros, cocineros, artesanos alemanes, rameras que vivían de su oficio, empleados del Estado de baja categoría, etcétera. La gente entraba y salía presurosa por los dos portales y atravesaba ambos patios del edificio. Éste tenía tres o cuatro porteros. El joven tuvo la buena suerte de no topar con ninguno de ellos cuando se deslizó inadvertido desde el portal hasta una escalera que había a la derecha. La escalera era lóbrega y angosta, de ésas que llaman «negras», pero él lo sabía y era un detalle que le agradaba. En oscuridad semejante hasta una mirada curiosa resultaba inofensiva.

«Si tanto miedo tengo ahora, ¿cuánto no tendría si decidiera llevar a cabo la *cosa* misma?...», iba pensando sin proponérselo al llegar al cuarto piso.

Allí le obstruyeron el paso dos mozos de cuerda, antiguos soldados, que estaban sacando muebles de una de las viviendas. Ya sabía que era la de un alemán, empleado del Estado, que la ocupaba con su familia.

«De modo que este alemán se muda ahora. Así, pues, en esta planta, por esta escalera y en este descansillo sólo queda ocupado el piso de la vieja, al menos por el momento. Eso está bien... en caso de que yo...», pensó una vez más y tiró de la campanilla de la vieja. La campanilla sonó débilmente, como si fuera de hojalata en vez de cobre. En las viviendas pequeñas de casas así casi todas las campanillas suenan de ese modo, pero había olvidado cómo sonaba ésta, y su peculiar tintineo pareció recordarle algo con notable nitidez... Sintió un estremecimiento: ahora tenía los nervios débiles en demasía. Tras breve pausa se abrió la puerta, pero sólo una rendija, y una mujer miró al visitante con recelo evidente; en la oscuridad sólo se distinguían sus ojillos relucientes. Pero al ver que en el descansillo había más gente, cobró ánimo y abrió de par en par. El joven cruzó el umbral y entró en un oscuro recibidor, separado de la minúscula cocina por un tabique. La vieja permanecía callada ante él, mirándole inquisitivamente. Era una viejuca diminuta y reseca, de unos sesenta años, de ojillos penetrantes y malignos y naricilla aguda. Tenía la cabeza descubierta, y su cabello claro, que empezaba a encanecer, estaba untado de una capa espesa de grasa. Alrededor del cuello, largo y flaco como pata de gallina, tenía anudado un trapo de franela, y de los hombros, no obstante el calor, colgaba una pelerina raída y amarilla de puro vieja. La decrepita mujeruca tosía y gimoteaba de continuo. El mozo la debió de mirar de modo extraño porque en los ojos de ella volvió a apuntar la suspicacia de antes.

—Raskólnikov, estudiante. Ya estuve aquí hace un mes —se apresuró a murmurar el joven con una ligera inclinación, recordando que debía mostrarse amable.

–Me acuerdo, amigo. Me acuerdo muy bien de que estuvo usted –contestó la vieja con algún retintín, sin apartar todavía la vista de la cara del visitante.

–Pues... he vuelto por el asuntillo de marras –continuó Raskólnikov algo desconcertado por la desconfianza de la vieja. «Quizá sea siempre así –pensaba– y no me diera cuenta la otra vez», se dijo con una sensación de desagrado.

La vieja callaba, como rumiando algo; luego se hizo a un lado y, señalando una puerta, dejó pasar al joven.

–Adelante, amigo.

El mozo entró en un cuartito que, con su papel descolorido, sus geranios y sus cortinas de muselina en las ventanas, estaba en ese momento brillantemente iluminado por los rayos del sol poniente. «¡Así, pues, brillará también el sol entonces!...», pensó de pronto, echando un rápido vistazo al cuarto para grabarlo en la memoria y recordar en lo posible su disposición. Pero en él no había nada de particular. El mobiliario, viejísimo y pintado de amarillo, consistía de un sofá de alto y curvo respaldo de madera, una mesa oval delante de él, un lavabo con espejo entre las ventanas, algunas sillas junto a las paredes y dos o tres cromos baratos de marco amarillo que representaban jovencitas alemanas con pájaros en las manos. Eso era todo. En un rincón ardía una lamparilla ante un icono pequeño. Todo estaba muy limpio; muebles y suelo relucían; todo brillaba. «Obra de Lizaveta», pensó el mozo. En el cuarto no se veía una mota de polvo. «¡Hay que ver lo limpio que lo tienen todo estas viudas viejas y malas!», siguió diciéndose Raskólnikov. Entre tanto miraba con curiosidad la cortina estampa-

da que colgaba ante la puerta de la otra minúscula habitación donde estaban la cama de la vieja y una cómoda que nunca había conseguido ver. La vivienda consistía sólo de esas dos habitaciones.

—¿Qué se le ofrece? —inquirió severa la viejuca, entrando a su vez en el cuarto y plantándose ante él para verle cara a cara.

—Traigo algo para empeñar. Aquí está —y sacó del bolsillo un reloj de plata viejo y plano, con un globo grabado en la tapa, y cadena de acero.

—Pero ya es hora de que desempeñe lo que empeñó antes. Hace dos días que caducó el mes.

—Le pagaré otro mes de interés. Tenga paciencia.

—Lo de tener paciencia o vender ahora lo empeñado es cosa mía, mocito.

—¿Cuánto me da por el reloj, Aliona Ivánovna?

—Sólo me trae basura, amigo. Esto no vale nada. La última vez le di dos rublos por una sortijilla que se podría comprar nueva por rublo y medio en una joyería.

—Deme cuatro rublos. Lo desempeñaré, que era de mi padre. Espero recibir dinero de un momento para otro.

—Rublo y medio y el interés por adelantado. Es mi última palabra.

—¡Rublo y medio! —exclamó el joven.

—¡Allá usted! —y la vieja le alargó el reloj. El joven lo tomó con tal enojo que a punto estuvo de irse al instante; pero cambió de propósito, recordando que de nada valía ir a otro sitio y que tenía otro motivo en venir allí.

—Démelo —dijo con rudeza.

La vieja rebuscó las llaves en un bolsillo y pasó al otro cuarto, tras la cortina. El joven, una vez solo,

aguzó el oído y trató de imaginarse lo que ella hacía. La oyó abrir la cómoda. «Debe de ser el cajón de arriba –se figuró–. ¡Conque guarda las llaves en el bolsillo de la derecha..., todas juntas, en un anillo de acero!... Hay una con muescas, el triple de grande que las demás; por lo tanto, no es la de la cómoda... Así, pues, habrá ahí otra cosa: una caja o un baúl... Es curioso. Los baúles tienen llaves como ésas... En todo caso, ¡qué asqueroso es todo esto!...»

Volvió la vieja.

–Vamos a ver, mocito. Diez kópeks por rublo al mes hacen quince kópeks que me debe usted por el rublo y medio que le presto por un mes. Los tomo por adelantado. Me debe, además, veinte kópeks por los dos rublos que antes le presté al mismo interés. Total, treinta y cinco kópeks. Así, pues, lo que le corresponde por su reloj es un rublo y quince kópeks. Aquí tiene.

–¿Cómo? ¿Conque ahora es sólo un rublo y quince kópeks?

–Exactamente.

El joven no rechistó y tomó el dinero. Miraba a la vieja sin apresurarse a salir, como queriendo decir o hacer algo, pero sin saber precisamente qué.

–Quizá le traiga otra cosa en un par de días, Aliona Ivánovna..., de plata... de valor... Una pitillera..., va a devolvérmela un amigo... –se turbó y guardó silencio.

–Hablaemos entonces, mocito.

–Adiós... Está usted sola siempre. ¿No está aquí su hermana? –preguntó con el mayor desembarazo posible cuando salió al recibidor.

–¿Y usted qué tiene que ver con ella, amigo?

–Nada de particular. Sólo preguntaba. Pero usted... ¡Adiós, Aliona Ivánovna!

Raskólnikov salió verdaderamente confuso. Su turbación iba en aumento y cuando bajaba la escalera se detuvo varias veces como sorprendido. Por último, ya en la calle exclamó:

—¡Ay, Dios! ¡Qué repugnante es todo esto! ¿Pero es posible..., es posible que yo?... No..., ¡es una san-
dez, un absurdo! —añadió con decisión—. ¿Es posible
que cosa tan horrenda puede pasármese por la cabe-
za? ¡Hay que ver la ruindad de que es capaz mi cora-
zón! ¡Lo principal es que se trata de algo infame, in-
mundo, horrible, horrible!... Y me he pasado un mes
entero...

Pero ni con palabras ni con exclamaciones podía calmar su desasosiego. Una sensación de asco infinito, que ya había empezado a oprimirle y atormentarle cuando se dirigía a casa de la vieja, creció hasta el punto de que no sabía adónde iba de la congoja que sentía. Caminaba por la acera como ebrio, sin ver a los transeúntes y tropezando con ellos, y no volvió en su acuerdo hasta llegar a la calle siguiente. Miró en torno y vio que se hallaba junto a una taberna sita en un so-
tabanco al que se bajaba desde la acera por unos esca-
lones. En ese momento salían de allí dos borrachos, apoyándose uno en otro y blasfemando mientras su-
bían dando tumbos a la calle. Sin apenas pensarlo, Raskólnikov bajó los escalones. Nunca antes había es-
tado en tugurio semejante, pero ahora sentía mareo y una sed abrasadora. Tenía ganas de cerveza fría, ma-
yormente porque achacaba su repentina debilidad a no haber comido. Se sentó en un rincón oscuro y su-
cio, tras una mesilla grasienta, pidió cerveza y bebió el primer vaso con verdadera ansia. Al instante se sintió mejor y se le despejó la cabeza.

«Todo esto es una tontería –se dijo esperanzado– y no tenía por qué atolondrarme. No es más que agotamiento físico. Con un vaso de cerveza y una tostada se fortalece el caletre en un santiamén, se aclaran las ideas y se ratifican los propósitos. ¡Uf, qué mezquino es todo ello!...»

Pero no obstante el desprecio con que escupió esas palabras se sentía más animado, como si súbitamente se hubiera quitado de encima un peso agobiante, y dirigió una mirada amistosa a los circunstantes. Sin embargo, aun en ese momento presintió vagamente que esa repentina mejoría era también morbosa.

Ya entonces quedaba poca gente en la taberna. Aparte de los dos borrachos que había encontrado en la escalera, se había marchado también un grupo de cuatro o cinco hombres acompañados de una mujer que llevaba un acordeón. Después de esto, el sitio parecía tranquilo y vacío. Quedaban unos cuantos: un sujeto con cara de artesano, ebrio, aunque no demasiado, sentado ante su cerveza; su compañero, gordo y enorme, de barba gris y blusa siberiana, estaba borracho perdido y dormitaba sentado en un banco; a ratos, como despierto a medias, empezaba a castañear los dedos, abrir los brazos y menear la mitad superior del cuerpo sin levantarse del banco, tarareando una cancioncilla vulgar cuyas palabras se esforzaba por recordar:

Acaricié a mi mujer todo un año
Aca-ricié a mi mujer todo un año...

O de pronto, despertándose:

Cuando iba por la calle
topé con mi viejo amor...

Pero nadie compartía su jovialidad; su taciturno compañero presenciaba estas salidas con recelo; más aún, con hostilidad.

Había también un individuo a quien por la pinta se podía tomar por un funcionario público jubilado. Estaba sentado aparte, frente a su botella de vodka, tomando un sorbo de vez en cuando y mirando a su alrededor. Él también parecía más que medianamente inquieto.

Dos

Raskólnikov no estaba acostumbrado a las muchedumbres y, como queda dicho, evitaba todo género de contacto humano, sobre todo últimamente; pero ahora, de pronto, algo le arrastraba hacia la gente. Algo nuevo al parecer se había producido en él, algo a que iba aneja un ansia de compañía. Tan aburrido estaba tras ese mes de angustia reconcentrada y agitación sombría que, aunque sólo un minuto, hubiera querido respirar otro ambiente, fuese el que fuese. Y así, pues, se sentía contento en la taberna, no obstante lo inmundo del local.

El dueño del establecimiento estaba en otra habitación, pero a menudo bajaba a la principal por una escalerilla, de tal suerte que lo que de él se veían primero eran las botas, elegantes y bien engrasadas, con grandes vueltas rojas en lo alto de la caña. Llevaba un blusón ruso y un chaleco de satén negro profusamente manchado de grasa, sin pañuelo al cuello. Toda su cara parecía untada de grasa, como cerrojo de hierro. Tras el mostrador estaban dos rapaces, uno de catorce años y otro más joven, que servía lo pedido. Sobre el tablero se veían pepinillos cortados, rebanadas de pan negro y trozos de pescado. Todo ello olía muy mal. La atmósfera era pesada hasta el extremo de ser inaguantable, y tan saturada de vaho de alcohol que sólo res-